

EL TIEMPO ES ORO

He adquirido la extraña costumbre de leer mientras mi cuerpo evacua aquella parte de la sustancia réproba que el organismo no permite integrar en sí ni formar parte de la vida cotidiana. Tal vez se podría decir, sin miedo a caer en ningún gnosticismo, que el alimento del espíritu entra a través de los ojos en el alma en el mismo tiempo que la materia innoble – la creación mala - sale huyendo hacia el mundo inferior discurriendo por aguas subterráneas en dirección al mar... que es el morir. Ya sé que la reflexión sobre un asunto tan vulgar y de tan poca elevación física y moral es una mancha de aceite grasiento arrojada con la mano impura sobre las hojas de la filosofía. Y sin embargo... Cierta pensador alemán del siglo XIX escribió algunas brillantes páginas acerca de la humilde función del asa de un tazón y otro meditador, que tomó de los germanos cuanto puede tomar de los hijos de Lutero una cabeza celtíbera, pensó también sobre el marco del cuadro sin importarles un bledo, un adarme o un comino la corza, el león, la virgen de leche o el paisaje bíblico que dentro había encajonado el pintamonas de turno. Existen continentes, como Australia, que importan mucho más que su contenido. A muchos niños les gusta más la caja del regalo que el mismo regalo. ¿Acaso no es legítimo –me preguntó- hacer un problema de las cosas minúsculas y, entre ellas, las más pequeñas de las más pequeñas? “Nene, caca”, gritamos al niño para apartarlo imperativamente de cualquier objeto indeseable. Hablar con ínfulas intelectuales sobre el “excusado” (como llamaban los abuelos al retrete) es algo que requiere una excusa previa, una disculpa bien fundamentada como el alegato o pliego de descarga de un defensor. Y el fundamento jurídico de todo lo social – pensemos en el código de Hammurabi o las tablas de la Ley de Moisés - es la ofrenda de los dioses a sus criaturas los hombres ¡Quién sabe si el mal olor de la materia desechada o desechable no es también grato a los seres divinos del cielo como las vísceras quemadas de los bueyes sacrificados! En la historia ha habido eruditos que han tratado con gran sabiduría y

profusión de datos sobre el pedo, materia tan sutil como las demás ventosidades del espíritu, los flatos digestivos de la orgánica química estomacal y los experimentos con gaseosa, vocablo que no olvidemos se origina con el soplo o soplete de la palabra “gas”, inventada por el alemán *Geist*, para rendir honor a su propio nombre y, además, honrar la lengua teutona de los antepasados de su raza, la que pretendió gasear a aquella otra raza que crucificó, nada más y nada menos, que al Hijo de Dios. ¡Casi nada!

Bastaría para justificar nuestro apestado tema considerar que la materia fecal del hombre lleno fecunda benéficamente los campos, estercola las tierras de labranza y favorece o propicia el crecimiento del trigo, el mijo o la cebada, cosas todas ellas con la que se alimenta el labrador, su hija, sus bueyes, el yerno en paro y su esposa en cinta, sin mencionar a aquellos otros hombres de la ciudad que, a cambio de un plato de lentejas con chorizo, venden los privilegios de hijos primogénitos de la civilización urbana como son las cadenas de televisión, el periódico, los automóviles, el tabaco, la droga, el sexo y las enfermedades propias de la vida moderna como el *stress* o el aburrimiento que nos encadena a las citadas cadenas audiovisuales. Incluso el poeta y profeta Ezequiel, que conversa con Dios, nos habla del castigo de comer alimentos cocinados con la combustión de los propios excrementos. Pero esta línea de argumentación apuntaría más hacia el “producto” – la caca o “*natura naturata*”- que hacia el “productor”, el honesto “*cagonet*”, la “*natura naturans*”.

La reivindicación de nuestro pobre ensayo – obra de caquexia mental- se centra en el tiempo robado por ese caco o ladronzuelo, el dios de la execrable caca, al cacumen o caletre de los humanos. ¿Ha calculado alguien con el lápiz en la mano ese “tiempo natural de espera” –minutos, horas, años, siglos - que la humanidad se ha ocupado en tal faena desde la primera vez que sintió la necesidad de sentarse, matinal o vespertinamente, en el hueco abierto de los pozos y las pocetas? Aún descontando el incremento esporádico de los periodos de diarrea inundante – siempre ha habido los mitos del diluvio - o las sequías extremas de las épocas de pertinaz estreñimiento, el tiempo dedicado por los hombres, las mujeres y los niños a dicho menester fisiológico bastaría para que los escolares del mundo leyesen de cabo a rabo la mitad de la biblioteca de Asurbanipal o la décima parte de las obras de cierto escritor gárrulo “*de cuyo nombre no quiero acordarme*”, como no quiso acordarse el manco de Lepanto del tal Avellaneda, el comedor de bellotas o avellanas apócrifas que le pisó la segunda parte de su obra.

Los ingleses de la vieja Europa (así como hay europeos que no son ingleses también existen “ingleses” que “no son” en absoluto europeos) suelen lanzar por escrito en las columnas de la prensa filisteas jeremiadas semitas en las que se lamentan del... “tiempo que se pierde en España” (“*The time they lose in Spain*”). Muchos turistas británicos, con exageración de andaluces de Jaén, aseguran con una fe anglicana que se han muerto de hambre literalmente sobre la mesa antes de haber visto el pelo negro en la sopa prometida por el servidor camarero bajito del bigote. Otros, aquejados por la diarrea del viajero, temen irse al “otro barrio” mucho antes de que les toque el turno de la lista de espera o bien el doctor regrese de su merecido descanso para tomarse un café con leche... ¡Oh, pérfida raza de Albión! Azorín, el exquisito Azorín, perdió su tiempo contradiciendo a un viajero británico que acusaba a los españoles de haber perdido el tiempo construyendo el Escorial en lugar de hacer navegable el Tajo. Y eso lo afirma quien se levanta todos los días al grito monacal y monarcal de “*Dios salve a la Reina*”...

Podríamos parafrasear al hombre aquel que dijo que “cada día tiene su propio afán” diciendo, casi como una buena nueva, que “los que buscan ganar tiempo, lo perderán”. Supongamos un país del mundo tan eficiente y con una burocracia tan ágil o dinámica que haya eliminado definitivamente las colas para efectuar un trámite administrativo. Pues bien, ¿quién sacará entonces de su chaqueta o abrigo un libro de bolsillo o abrirá las páginas del periódico para informarse de las noticias mientras el funcionario de turno sella los múltiples documentos que debe presentar en el registro el desdichado administrado para demostrar que está “vivo y coleando”... ¡Qué enorme pérdida para la lectura diaria supone sin duda el buen funcionamiento de los servicios públicos! Cada minuto de retraso del tren significa una línea más leída de algún libro y, como decían los antiguos, “*ningún día sin una línea*”.

Desde que el hombre del paraíso es hombre histórico, de hueso y de carne mortal, como la virgen del Pilar, ha comprendido la lógica irrefutable de la vida humana: nada puede entrar indefinidamente – dinero o comida – si no se vacía antes la bolsa cerrada. No hay ningún catedrático o académico nuevos sin otros catedráticos o académicos jubilados. La vida tiene como requisito necesario la muerte; el grano debe morir antes en la tierra para germinar luego como espiga. La mitología de los chinos ha creado un dragón sin ano o con el culo cerrado. Es un magnífico símbolo de la abundancia material propugnada por el hedonismo. ¡Llenarse eternamente! Sin

embargo, aquella raza oriental, inventora de la brújula o de la pólvora, hace ya mucho tiempo que ha reinventado la *boutade* unamuniana de imitar los hallazgos o creaciones forasteros de la tecnología europea: ¡*que caguen ellos!*

En aquel tiempo en que Yahvé escribía sus leyes en la dura piedra, o en aquel otro en el que el presumido Horacio se pavoneaba de haber “levantado un monumento más perenne que el bronce”, los hombres, para ofrecer culto a la diosa de la higiene, disponían de las duras rocas o de las blandas hierbas para eliminar las huellas del delito. Pero a la edad de la piedra antigua o del bronce moderno ha seguido la época del papel seco y de la toallita mojada. La lectura bien puede completar las dos funciones: la propia de los ojos videntes de la carne superior y aquella otra de los ojos ciegos de la carne inferior. Cuando leemos aquellos versos clásicos de “*untaré tus versos con tocino...*” tenemos la sospecha de que don Francisco de Quevedo, cristiano viejo, se limpió alguna vez las nalgas sucias con los sonetos del sospechoso Góngora, aquel narigón más narigudo que Ovidio Nasón y más narizado que los enemigos del carpintero de Nazaret. El papel del libro es materia - blanca o grisácea - de usos variados y el género de la filosofía dura y pura – estimuladora de fuños fruncidos- es bastante indicado clínicamente para ciertas patologías intestinales que requieran cierto esfuerzo de concentración mental. ¿Acaso la actitud del pensador de Rodin no es un claro ejemplo de la postura adoptada por el cuerpo cuando se ocupa del alma de las cosas? Bertrand Russell, con ese empirismo aristocrático de los pensadores anglosajones, calificó el estilo del vasco Zubiri como “diarrea mental”. Los sesos corren el riesgo de hacerse agua – dígalos si no el loco de Nietzsche, el admirador ario de Zoroastro o Zaratustra – mostrando así que no es tan arbitraria en exceso la asimilación entre la función digestiva y las lecturas del *Reader's Digest*.